

DR. ALBERTO REX GONZÁLEZ: UN HOMBRE, UN SABIO, UN MAESTRO, UN AMIGO

*Nicolás Pablo Tejada***



Junio de 1995 – El doctor Rex González y el maestro Nicolás Pablo Tejada con alumnos y profesores de la Escuela Secundaria de Icaño, Catamarca

Hombres como el doctor Alberto Rex González no mueren, sino que trascienden y perduran más allá del miedo humano a la muerte, y su impronta señera será guía para aquellos que acepten el desafío de ser originales en el pensamiento y la acción, viviendo con plenitud el derrotero elegido.

Alberto Rex González nació en Pergamino, provincia de Buenos Aires, un 16 de noviembre de 1918. Se graduó de médico en la Universidad Nacional de Córdoba y, fiel a sus principios, se trasladó a Estados Unidos para cursar el doctorado en Antropología de la Universidad de Columbia. Luego de obtenerlo, regresó a la Argentina y se dedicó a aplicar y desarrollar sus conocimientos mediante un plan de trabajo bien estructurado. En 1951 inició sus exploraciones en el Valle de Hualfín, en Catamarca. Excavó sitios, practicó estratigrafías en los asentamientos de los primitivos habitantes y recogió muestras de carbón que sometió a los análisis físicos-químicos para establecer la antigüedad de los restos materiales fabricados por aquellos y definir la secuencia cronológica de las distintas etapas culturales.

Los resultados de esas investigaciones le permitieron fijar las coordenadas temporales y espaciales de las culturas Condorhuasi, Ciénaga y La Aguada. El territorio catamarqueño fue el eje de sus investigaciones de campo y fue el más autorizado expositor de la cultura de La Aguada.

* Centro Cultural del Este Catamarqueño “Amalio Correa”, Icaño, provincia de Catamarca, Argentina.

Infatigable trabajador, dedicó su vida a recuperar la verdadera historia del hombre en estas tierras en pos de revalorizar el pasado precolombino y, como él nos enseñara: roca madre de la que nace nuestra identidad nacional y regional, ya que la cultura republicana no es comprensible sin su raíz colonial, ni ésta sin la precolombina.

Más allá del rigor científico propio de quienes desandan profesionalmente la antropología para definir acabadamente la senda transitada por el hombre a lo largo del tiempo y espacio, el arqueólogo va tejiendo una red social en la que desarrolla sus investigaciones y, en ese sentido, el doctor Rex González supo inspirar respeto, admiración y afecto de amigo.

Lo conocí un 14 de febrero de 1983 en la Escuela N° 287 del Alto de la Junta (Andalgalá, Catamarca), donde se iniciaba el curso de “Defensa del Patrimonio Arqueológico” promovido por el Consejo General de Educación de Catamarca, del que participaron 70 docentes de toda la provincia y entre cuyos objetivos estaba el de promover actitudes y conductas patrióticas en defensa de nuestro patrimonio arqueológico y conocer los fundamentos y fines de la arqueología, ubicándola en el conjunto de las ciencias del Hombre.

En esos diez días que duró el curso, tuve la oportunidad de conocer a un apasionado arqueólogo, a un gran maestro y a una excelente persona. Con él, se nos vislumbró otro mundo donde se nos “abrían los ojos” a cientos de años de negación y, en mi caso particular, “el indio melonado, salvaje, traicionero, bárbaro, etc.” que me enseñaron en la escuela pasó a ser un serio compromiso para revertir esta actitud peyorativa hacia todo lo que sea de los originarios.

En aquella oportunidad produjimos un documento denominado “Declaración de Aconquija”, entre cuyos enunciados expresábamos que “Queda explícito que no se trata de retomar una vieja polémica histórica de hispanismo versus indigenismo, sino de comprender la síntesis final que resultó del choque de dos culturas diferentes. De las cuales una fue injusta y permanentemente olvidada y que por lo tanto requiere el juicio equilibrado que la reivindique en toda su dimensión. Juzgamos que mientras no arraiguemos este sentido americanista, los argentinos no podremos lograr el sentimiento de autoconciencia indispensable para el desarrollo de una auténtica cultura nacional”.

Nunca olvidaré aquel día que nos hizo conocer el Pucará de Aconquija. Con qué orgullo nos enseñaba y explicaba, mientras quedábamos absortos ante semejante manifestación arquitectónica. En aquella oportunidad, me di cuenta de que estaba ante un educador nato. El doctor Rex tenía el don y la capacidad de enseñar con sencillez, con convicción y pasión.

Desde aquella fecha, muchos fueron los encuentros con el Maestro, y en cada uno de ellos nos dejaba con humildad su pensamiento, sus asombros, sus inquietudes y por sobre todo, su talento, su tenacidad por develar “los misterios escondidos” de la Cultura La Aguada, a la que dedicó muchos años de trabajo de investigación y que hoy podemos ver en su rica y extensa bibliografía.

En junio de 1995, mientras desarrollábamos el proyecto “Revalorización de las Culturas Precolombinas” con mi esposa Charito Polti y alumnos de la Escuela Secundaria de Icaño, tuvimos la sorpresa de su visita, acompañado de Inés Gordillo y Florencia Kusch. Fue una jornada memorable e inolvidable. Todos fuimos al sitio arqueológico de Río Chico y él, rodeado por los alumnos, se prodigaba con tanta alegría, con tanto entusiasmo, que en un raptó de emoción me dijo: “Tejada, ¡jeste es el camino!” y regresó a los jóvenes con renovada energía.

Como anécdota, en una de sus visitas a nuestro hogar de Icaño, junto a los arqueólogos José Togo y Marta Baldini, mientras analizaban algunas figurillas de nuestra colección arqueológica, nuestro hijo Pablo puso un video sobre la cueva de La Candelaria. De pronto, Rex, exaltado, pidió que se rebobinara la filmación, hasta que solicitó detener en una imagen de las pictografías y ofuscado expresaba: “¡Me equivoqué! ¡Me equivoqué!”, y en su libro *Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*, hizo la corrección que correspondía. Debo destacar en ello un acto de humildad al reconocer su error...

Es justo y necesario, en esta ocasión, expresar mi profundo respeto y consideración a la mujer que acompañó a Rex a lo largo de su vida, la señora Ana Montes de González, Yi. Como nunca,

cabe mencionar esa frase: detrás de un gran hombre, hay una gran mujer. Maravillosa persona, que complementaba el trabajo que desarrollaba su esposo. Sencilla, amena, inteligente y, como él, una apasionada del arte precolombino. Mucho aprendimos de ella en el curso de arqueología del cual Rex era el profesor titular, secundado por el Néstor Kriscautzky y María Delia Arena.

Llevados por sus enseñanzas y consejos, a lo largo de todos estos años hicimos un importante rescate de piezas arqueológicas que enriquecerá el futuro museo de Icaño y que fueron registradas por la Dirección de Antropología de Catamarca; desarrollamos proyectos presentados institucionalmente en los establecimientos escolares con el objeto de revalorizar las culturas precolombinas; creamos el Centro Arqueológico, Histórico, Cultural del Este de Catamarqueño “Amalio Correa”; hicimos relevamientos de sitios arqueológicos en toda la zona; nos conectamos con arqueólogos de Catamarca con el fin de que realizaran investigaciones en asentamientos que consideramos muy importantes; acompañamos y guiamos a muchos profesionales a las distintas manifestaciones de pinturas rupestres diseminadas en la ladera oriental de las Sierras de Ancastí y sitios arqueológicos, entre ellos a sus colegas Ana María Llamazares, Carlos Martínez Sarasola, Inés Gordillo, Carlos Nazar, Giancarlo Puppo, Andrés Laguens, Marta Bonnin, etc.; recreamos en la comunidad el concepto de respeto y la valoración a este legado, al que debemos incorporar como nuestro patrimonio cultural; hicimos una valoración del paisaje y la consideración de dar a nuestro pueblo un destino turístico; pero por sobre todo, despertamos en nuestros jóvenes sentimientos de orgullo de nuestras raíces y la necesidad de recuperar, estudiar y conservar los testimonios del pasado autóctono en sus distintas manifestaciones arqueológicas, anhelando con profunda confianza que el respeto y admiración que hoy sentimos por nuestro patrimonio sea compartido por todos los pueblos con los que tenemos un pasado común.

Querido Rex, lo enunciado precedentemente es su obra, lo que usted con mucho amor nos enseñó y transmitió. Nosotros, de alguna manera, fuimos las manos ejecutoras de lo que usted, con su visión, estimaba que era correcto hacer. Y aún seguimos transitando ese camino...

Ha sido un honor compartir un tiempo de su vida.